

LETRAS

Letrillas

LETRONES

DIARIO INFINITESIMAL

ECUACIONES DEL CANGREJO

En la filosofía de Descartes los animales son sólo mecanismos elaboradísimos, máquinas de precisión. El humano, no, el humano es máquina, es cuerpo, pero también es alma, es animal pero pensante, animal racional, según la popular definición. Unamuno reniega en eficaz prosa: “El hombre, dicen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental. Y acaso lo que de los demás animales le diferencia sea más el sentimiento que no la razón. Más veces he visto razonar a un gato que no reír o llorar. Acaso llore o ría por dentro, pero por dentro acaso también el cangrejo resuelva ecuaciones de segundo grado.”

Estamos del todo en la cuestión: ¿Son los animales como sostuvo Descartes o tienen emociones? ¿Sufren? Las ecuaciones dentro del cangrejo no son otras que las emociones de los animales. Suponer lo que siente una gallina en prisión perpetua y mínima en la jaula ponedora donde la sitúa inmóvil la rapacidad del productor, revela una pesadilla. Pero ¿siente la gallina? ¿Cómo puede sufrir y desesperarse si vive en un presente continuo, sin noción de tiempo? Tal es la candente cuestión que plantea nuestro tiempo, y que no debatiremos aquí.



Cangrejos, máquinas de precisión.

En vez de esa dulcificación del trato a las bestias —que puede tardar pero saldrá victoriosa— puede recordarse que Eliano afirma la existencia de cangrejos que vuelan: nacen blancos, del fango y con miedo echan a volar con unas pequeñas alas que tienen, aunque su vuelo es corto. Los cangrejos crecen y decrecen con las fases de la luna.

Prosigamos esta oblicua defensa de los animales: digamos que son laboriosos, mira si no al burro infatigable, pero no hablo de eso, hablo de los tesoros que con arte oculto y milagroso ellos saben fabricar. Ante todo, el líquido dorado cuya lenta consistencia es emblema de toda pureza, la miel, deliciosa al gusto y a la vista. Plinio, sin embargo, negó que las abejas engendren miel; según asienta traducido por el doctor Francisco Hernández, “procede del aire, la más de las veces del nacimiento de las estrellas y házese principalmente por los Caniculares (Sirio) y en ninguna manera antes de que nazcan las Cabrillas (Pléyades) por

la mañana, y así entonces se hallan las hojas de los árboles melosas, y sienten pegajosas las vestiduras de este liquor los que estuvieren al sereno (...) ora sea este sudor del cielo, ora cierta saliva de las estrellas o zumo del aire que se purifica”. Una especie de rocío que coleccionan las abejas.

Las perlas, decían los antiguos, tienen más relación con el cielo que con el mar, omitiendo de entrada al imprevisible orfebre, el reticente ostión, que la sueña, sueño de geómetra, mientras duerme en su prisión de nácar. Y terminemos recordando, con el poeta griego, que la perla es en realidad la hija de las bodas del mar y la piedra. —

— HUGO HIRIART

CARTA DESDE COLOMBIA

URIBE, HOMBRE DE LA TIERRA

Al ingresar a la Casa de Nariño, sede de gobierno de la República de Colombia, es obligado cruzar un arco que detecta metales y cualquier rastro de explosivo en el cuerpo, una condición de seguridad extrema inexistente hasta en la Casa Blanca.

En el interior del edificio, resguardado por el eficiente ejército colombiano, lo primero que se percibe es una gran cantidad de micrófonos y cámaras, elementos que sirven para que el secre-

tario de Información y Prensa comunicó la situación de su país. A espaldas de esto hay una escalera que podría ser el indicador del grado de preocupación de esta nación torturada: sube y baja en condiciones extremas.

El 9 de abril de 1948 se desató en Colombia una de las mayores catástrofes de su historia: el *Bogotazo*. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, líder político y candidato a la presidencia, provocó el inicio de una guerra que se ha prolongado hasta nuestros días.

“Si me matan, el país se vuelca y las aguas demorarán cincuenta años en regresar a su nivel”, había advertido poco antes de ser baleado. Tuvo razón: un maremágnum enfurecido destruyó el centro de la capital, y con ello no sólo se torció para siempre la fisonomía de Bogotá, sino el destino del país.

La guerra fratricida y sus nefastos productos: terrorismo, asesinato y destrucción de la propiedad, han alcanzado ya sesenta años, y la solución apenas se vislumbra.

Colombia, la *Gran Colombia* como la nombró Simón Bolívar, es uno de los países más complicados de América Latina. A diferencia de otros Estados de la región, aquí las cosas son serias; cuando un colombiano dice “toca” no hay duda de que algo hará. Cuando “toca trabajar”, trabaja; cuando “toca matar”, mata. Cuando toca en Colombia, toca.

En las últimas décadas a esta nación sudamericana le ha tocado lo mismo matar que modernizarse, pero en el fondo sigue teniendo el mismo problema: una fuerte colisión entre la Colombia agrícola, controlada por terratenientes y de la cual procede Álvaro Uribe, y la urbana, retrato de un país plenamente aplicado al siglo XXI.

La Colombia rural ignora el riguroso esquema fiscal de la ciudad, pero conoce muy bien la falta de tierra, génesis del nacimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), que han ocasionado que millones vivan secuestrados por el miedo, sumado al enfrentamiento entre grupos guerrilleros y paramilitares.

En su camino de infortunio Colombia se cruzó, además, con la producción de cocaína, una fuente de dinero que ha multiplicado la violencia. Medellín, ciudad de origen de Álvaro Uribe, fue el epicentro de la Colombia convulsa, donde el aparato liderado por Pablo Escobar creó una cultura proclive al enriquecimiento fácil y la solución violenta de los conflictos.

El hambre y las ganas de comer

La colisión entre ciudad y campo subyace a todo conflicto en esta nación y propicia su división en dos partes cada vez más fuertes y encontradas.

Hacemos décadas, Colombia vivía bajo el peor clima de violencia. El narcotráfico y la guerrilla mantenían en vilo al país y las fuerzas regulares del orden no podían apagar todos los fuegos. Para contrarrestar esa debilidad, César Gaviria Trujillo —electo presidente en 1990— autorizó la creación de “servicios especiales de seguridad privada” que operarían en aquellas zonas donde el orden público no fuera suficiente.

Así fueron creadas las polémicas Asociaciones de Seguridad Privada *Convivir*, que a la postre se convertirían en instrumento de los terratenientes, dando pie al nacimiento de las terribles Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), con las que se ha relacionado a la familia del presidente colombiano.

El periodo de Uribe Vélez al frente del gobierno de Antioquia, entre 1995 y 1997, se caracterizó por el estímulo a la educación y la capacitación a campesinos, pero también por el apoyo a la estrategia de rearme de la población civil en la lucha antiguerilla.

Ahora, los grupos guerrilleros están completamente degenerados, sin ningún tipo de sostén ideológico, dedicados a estructurar negocios vinculados al narcotráfico. Uribe, que en 1983 lloró el asesinato de su padre a manos de las FARC (aunque estas aún lo niegan), quizá ha vuelto a llorar lágrimas de frustración al aquilatar las consecuencias de haber brindado su apoyo a la creación de un ejército paralelo tan grande y poderoso como el regular.

Guerrilla y autodefensas han creado líderes de desafío, muchos de los cuales se han transformado en líderes sociales que, como Pablo Escobar, se concentraron en unir el terrorismo urbano con el dinero de las drogas hasta conseguir colocar a Colombia contra las cuerdas.

Álvaro Uribe consiguió vencer el mayor desafío: ganar la batalla a las FARC, que hoy enfrentan la decrepitud de sus líderes.

Lado a lado, políticos vinculados a las fuerzas paramilitares y a organizaciones guerrilleras debaten y legislan sobre el futuro de Colombia; este fue el caso de Mario Uribe, primo del mandatario y senador, quien sometiera al presidente colombiano a la vergüenza familiar de pedir asilo político a Costa Rica luego de ser acusado por presuntos nexos con jefes paramilitares.

El ex presidente del Congreso no es el primero en ir a la cárcel; actualmente 31 legisladores están en “prisión preventiva” enfrentando acusaciones similares.

El órgano legislativo atraviesa una profunda crisis: 64 de sus miembros están vinculados al proceso de la “parapolítica”; si consideramos que este órgano está formado por 102 senadores y 165 representantes de la Cámara, la cifra no es menor.

El mercader de los rehenes

Colombia vive una realidad única. Suponiendo que se dieran las condiciones necesarias para entablar conversaciones de paz, seguiría existiendo el tremendo problema de la administración



Álvaro Uribe: subir y bajar en condiciones extremas.

de la tierra. El desafío para Uribe radica en su origen y en lo que defiende, al tiempo que busca la incorporación plena de Colombia al desarrollo del siglo XXI.

Colombia, que ha tenido que pagar con sangre y miedo el costo de mantener sus instituciones democráticas, tiene que sumar ahora a sus problemas la manipulación política de Hugo Chávez, autodesignado como el único capaz de lograr la liberación de rehenes.

Con una aprobación del 84 por ciento, el presidente colombiano puede ganar la paz, siempre y cuando logre primero el triunfo contra los fantasmas de su pasado.

Una vez vencidos los grupos guerrilleros, la posibilidad de acabar con las desigualdades hará que Uribe se plantee modificar nuevamente la Constitución para lograr otra reelección, convirtiéndose en el primero en ser reelecto para un tercer periodo en más de cien años.

Álvaro Uribe es el único que puede lograr la paz, en buena medida debido a su origen, que le confiere un nivel de diálogo que ningún otro presidente tendría. Para lograrlo, debe establecer un acuerdo nacional que demuestre una separación real entre el gobierno y los paramilitares.

En los últimos años, la historia de la libertad de la América que habla español se puede resumir en dos palabras: democracia y comercio. Colombia ha defendido su democracia pagando un alto precio. Ahora, ha ligado su desarrollo comercial a una alianza con un socio poco fiable: Estados Unidos.

Ante el desinterés de Estados Unidos por Latinoamérica, Colombia ha quedado como único socio confiable, esperando a cambio el desarrollo económico, proyecto destrozado por la coyuntura política de la carrera Obama-Hillary-McCain. El TLC fue rechazado ante la necesidad de priorizar la generación de empleos para los estadounidenses.

Álvaro Uribe deberá evaluar si rompe el esquema político actual en busca de una nueva relación con Estados Unidos o si sigue los ejes de actuación empleados hasta ahora, con los ojos puestos en la esperanza de un acuerdo comercial.

Aunque algunos senadores ex guerrilleros establecen que la firma de un TLC sólo será útil para los dueños del país, léase los terratenientes, en realidad significa, sobre todas las cosas, una promesa con la que todos los días sueña la mayor parte del pueblo colombiano: hoy toca la estabilidad. —

— ANTONIO NAVALÓN
www.antonionavalon.com

LEY DEL LIBRO PRECIOS Y LIBERTAD

Aunque parezca una contradicción insalvable, no es infrecuente que al limitar la libertad uno realmente logre incrementarla. O al menos darle un cauce por el que pueda fluir mejor. Sin sus escuetas pero rigurosas reglas, por ejemplo, el ajedrez no podría ser el irrepentible desafío que los jugadores enfrentan en cada partida: son las restricciones de espacio, tiempo y movimiento las que hacen de los 64 escaques y las 32 figuras una cautivante danza sin fin. De manera semejante, la sociedad construye una libertad manejable acotando lo que cada individuo puede hacer, o visto al revés, edificando por vía negativa lo que sí puede hacer; cualquier norma jurídica establece límites y a la vez invita a ocupar toda el área comprendida por ellos. También en el comercio se da forma a la libertad de productores y consumidores imponiendo obligaciones y configurando derechos, de suerte que se produzcan y vendan bienes y servicios de tantos pelajes como se pueda imaginar pero dentro de un dominio restringido. El sistema de precio único aplicado a los libros es, sin duda, una severa limitación comercial, pero es sobre todo el cimiento para que, por un lado, la lectura —concebida en su más amplio sentido— pueda salir bien librada de su paso por el mercado y, por otro, es un modo de fortalecer la libertad: la de quienes escriben, editan, venden y sobre todo la de los que compran libros. No sería absurdo, en con-



“Precio único, letras libres.”

secuencia, sintetizar en algo parecido a un eslogan que involucre a esta revista los posibles efectos que tendrá la aplicación de la Ley de Fomento al Libro y la Lectura, aprobada a toda velocidad por el Congreso de la Unión cuando abril ya languidecía. Podríamos así exagerar la nota y decir “Precio único, letras libres”. Y es que editores y colaboradores de esta publicación han hecho suyo este embalse comercial que protege la ecología del libro.

Aquí aparecieron, en un par de entregas, algunas de las ideas notables en la fundamentación de la nueva norma. El autor de esos textos es Gabriel Zaid, cuya capacidad para detectar problemas (sean lexicográficos, fiscales, de poética, de consumo y producción cultural) sólo es superada por su elegancia para plantear las respectivas soluciones. Aquí cartografió en agosto de 2005 el páramo de las librerías en México y señaló los descuentos artificiales—subir el precio para después cacarear que se ofrece una rebaja— como causa de la erosión que aniquiló a una industria exuberante y promisoría. También aquí detectó en junio de 2006 la “multa” que se impone a quien tiene la mala suerte de vivir lejos de las escasas librerías que hacen descuento y supo hacer un movimiento de taichi para redirigir las críticas de la Comisión Federal de Competencia hacia sí misma, pues la presunta infracción a la ley del ramo estaría ocurriendo ahora mismo y no a partir de que el sistema propuesto entre en funcionamiento, como había advertido el organismo regulador: decía Zaid

que hoy se presenta, sin que la Cofeco haga nada, una “práctica monopólica relativa”, que el precio único contribuiría a eliminar.

Con la razonable vehemencia que lo caracteriza, el editor Daniel Goldin señaló también en este lugar, en octubre de 2006, un factor crítico de la ley vetada por el ex presidente Fox: el precio único no es ni un mero pegote ni una pieza sustituible de la propuesta legislativa. Durante el primer año de gobierno calderonista se perfiló la posibilidad, fruto de una aparente conciliación cuando en realidad era un método para sólo entibiar las aguas políticas, de que el Legislativo aprobara la ley pero sin el estorbo del sistema de precios. El hoy director de Travesía, la división infantil y juvenil de Océano, lo consideró entonces como “condición necesaria para garantizar una oferta editorial variada, que no esté regulada sólo por criterios comerciales” y exhortó a los legisladores a no desmembrar la iniciativa.

A comienzos de 2007 apareció un artículo del anagramático Jorge Herralde en el que se sintetizaba la epopeya de la *loi Lang*, es decir la legislación que introdujo en Francia la obligación del “precio fijo”. Su exposición es a la vez un recuento histórico —en el que se ve cómo aun los liberales galos más apegados al mercado percibieron la necesidad de ponerle brida— y una alabanza de este sencillo sistema, clave en el combate a la concentración librera y por ende editorial; ese texto citaba otro de Ricardo Nudelman, número dos del Fondo de Cultura Económica, quien en octubre de 2006, en *Día Siete*, ironizó sobre los alcances de la libertad, pues, de seguir las tendencias a la baja de la industria del libro, “los que no tengan esos recursos [para comprar por internet], se las tendrán que arreglar como puedan, porque para eso somos libres”. (Nótese, de paso, cómo el lemita sugerido arriba no parece estar tan descaminado.)

En agosto del año pasado, Elisa Bonilla —responsable primero de que existieran las esenciales bibliotecas de aula y escolares y luego de que se introdujeran en la ley como una obligación del Estado mexicano— compartió

con los lectores su certeza de que es impostergable “la construcción de una agenda de política pública” en materia de lectura. Aunque queda mucho por hacer respecto de la ley misma —el reglamento, la capacitación del sector para poder aplicarla, la vigilancia y la evaluación en el mediano plazo—, es hora de alzar la vista, como hizo Bonilla, para mirar lo más lejos posible. Yo mismo procuré hacer ese esfuerzo de atisbar el horizonte, algo doblemente difícil para un miope, en el artículo que también apareció en agosto de 2007, donde planteé entre otras tareas pendientes la necesidad de inventar mecanismos de financiamiento para la producción y comercialización de libros, no mediante subsidios que drenan al erario y malacostumbran a los empresarios culturales. En suma, aprovechemos ahora la nueva libertad que, con sus saludables restricciones, nos da el precio único. —

TOMÁS GRANADOS SALINAS

PENSAMIENTO MÁGICO NACIONALIZACIONES Y CHAMANISMO ECONÓMICO

La nacionalización en América Latina es un rito de fertilidad y de abundancia. Una danza propiciatoria para hacer lluvia en tiempo de sequía.

Equivale a la ceremonia con que los siux de las praderas norteamericanas rogaban a sus deidades que sus partidas de caza hallaran nutridos rebaños de bisontes. O a las que los chamanes de nuestras etnias amazónicas recurren para propiciar buena caza o buena pesca y que no se los coma el tigre.

Es pensamiento “magicodistributivo”, digamos, aplicado a la macroeconomía con vistas al desarrollo y la prosperidad de todos.

Tengo para mí que al no ser magia negra —puesto que no procura hacer el mal, sino el bien— la nacionalización está condenada al fracaso porque, tal

como muestra la experiencia humana desde tiempo inmemorial, sólo la brujería decididamente maléfica logra salirse con la suya.

El 1º de mayo de 2006, fecha en que Evo Morales nacionalizó “sorpresivamente” la industria de hidrocarburos boliviana, lo pasé encerrado en una habitación de un hotel de Cochabamba, abatido por una doble frustración.

Un esquivo sindicalista “trotskocalero” con quien concerté una entrevista me había dejado plantado.

La segunda frustración vino al encender la televisión y percatarme de que Evo Morales presidía en aquellos momentos una ceremonia de ocupación de un campo gasífero en Tarija. Yo habría debido estar allí y no en Cochabamba.

En realidad, lo único sorprendente que cabía registrar fue el adelanto de la fecha. Lo más llamativo del ceremonial fue el despliegue militar en las instalaciones de una concesionaria extranjera, como si del asalto a una fortificación enemiga se tratara. Lo mismo ocurría con las inofensivas gasolineras de Petrobras: piquetes de soldados en traje de campaña y armados hasta los dientes custodiaban los surtidores.

La oratoria reivindicativa de la soberanía de la nación boliviana respecto de la riqueza del subsuelo me hizo recordar el discurso de Carlos Andrés Pérez, treinta años atrás, cuando se nacionalizó por primera vez la industria petrolera venezolana: las mismas invocaciones a Bolívar, las mismas consignas sobre el “patrimonio



Chamanismo chavista.

de todos”, las mismas admoniciones sobre la necesidad de “administrar la abundancia con criterio de escasez”.

La nacionalización boliviana se anunció como lo han hecho todas las nacionalizaciones de la región: como el advenimiento de una nueva era, aunque en realidad no fuera más que un avatar del mito del eterno retorno. Con la de 2006, Bolivia nacionalizaba por tercera vez en menos de setenta años su riqueza fósil, para no hablar del estaño, nacionalizado medio siglo atrás.

Sólo unos cuantos meses más tarde, en los primeros días de enero de 2007, durante la ceremonia inaugural de su actual periodo presidencial, Hugo Chávez anunciaba nacionalizaciones que describió como el comienzo del largo camino al “socialismo del siglo XXI”.

Comenzó por “renacionalizar” empresas públicas privatizadas en los años noventa: la telefonía y las compañías de electricidad.

En el mismo acto se anunció el designio de lograr mayoría accionaria en la participación de la petrolera estatal venezolana en los grandes proyectos de la faja bituminosa del Orinoco, hasta entonces dominados por los estadounidenses ExxonMobil, ConocoPhillips y Chevron, junto a la francesa Total, la inglesa BP y la noruega Statoil.

Característicamente, Chávez ordenó la ocupación militar de las instalaciones arrebatadas a la codicia extranjera. La puesta en escena de la ceremonia incluyó el vuelo rasante, por sobre el complejo petrolero escogido para el acto, del dúo dinámico de cazas interceptores Sukhoi, de fabricación rusa y reciente adquisición.

¡Qué amasijo de mixtificaciones, cuánta descaminadora carga simbólica, cuánta inconducente teatralidad compensatoria tiene en nuestro continente este tipo de medida económica, a pesar de su largo y grueso historial de fracasos tan idealizados como ruidosos!

El último Premio Internacional Rómulo Gallegos fue otorgado a la escritora mexicana Elena Poniatowska por una novela que exalta la vida de un abnegado sindicalista ferrocarrilero de su país.

La ironía del caso es que la red ferrocarrilera mexicana, que llegó a contarse entre las más extensas del mundo, gracias a cuya puntualidad Pancho Villa tuvo éxito en sus campañas, y que fue nacionalizada por el régimen surgido de la Revolución Mexicana, ha debido liquidarse para su privatización, una vez saqueada durante décadas por el mismo régimen nacionalista por el que se batió el heroico sindicalista de la princesa Poniatowska.

En América Latina puede hablarse ya de oleadas nacionalizadoras, tal como los expertos hablan de una primera, segunda y tercera oleadas de populismo.

La primera se asocia con la hora estelar del general Lázaro Cárdenas en México y es de aquella, sin duda, que la idea cobró su modélica calidad antiimperialista.

Siete décadas más tarde, Chávez protagoniza la tercera, o quizá cuarta, oleada de nacionalizaciones, luego de los fiascos mexicanos, argentinos, peruanos y bolivianos. El rasgo más prominente de la oleada chavista es su cariz *exculpatorio* de toda insuficiencia en la gestión del Estado. Chávez nacionaliza fundos pecuarios, cañaverales y silos para ocultar la colosal ineptitud de un petrogobierno que acusa, sin fundamento alguno, a las cementeras extranjeras del fracaso estruendoso de su plan de viviendas.

A la realidad le gustan los sarcasmos: la tarde que en la monopartidista Asamblea Nacional se “discutía” la orden impartida por Chávez de expropiar Sidor (gran siderúrgica propiedad de un consorcio argentinoitaliano), la energía eléctrica, nacionalizada hace menos de dieciocho meses, sufrió un mayúsculo apagón que dejó sin luz, sistema de sonido y aire acondicionado a los diputados chavistas. Y al 75% de la población venezolana en diecisiete estados de la República.

Como acto de chamanismo económico, las nacionalizaciones no son buenas, hacen daño y se acaba por rodar. Y al cabo, igual viene el tigre y te come. —

— IBSEN MARTÍNEZ

MÚSICA

VOLVER AL PUNTO DE PARTIDA

Conversación con Café Tacvba

A propósito del reciente disco *Sino*, a propósito de la reciente presentación en el Palacio de los Deportes en la ciudad de México, a propósito de que Café Tacvba lleva diecinueve años siendo Café Tacvba, en Letras Libres conversamos con dos de los cuatro integrantes, José Alfredo Rangel y Enrique Rangel.

Amos Oz asistió a un colegio religioso judío. Un día la enfermera del colegio entró al salón de clases para revelar los detalles del sexo a los chicos. Oz anota: “Aparentemente, esta valiente enfermera que había descrito todo no mencionó que se rumoreaba que la cosa implicaba cierto placer.” Y contar historias, como debe ocurrirles en lo tocante a la música, encierra un placer que a veces se olvida.

J.A.R. Así inicia nuestra actividad: esto es un placer. De hecho, antes de que sea un trabajo, es placentero. Tocar la guitarra, en mi caso, y componer canciones nace del placer. Hasta el momento que tenemos compromisos con una disquera o que hay un público que nos espera, comprendemos que esto es un trabajo y que, bueno, nos pagan. Creo que en Café Tacvba siempre hemos visto lo que hacemos como un placer. Escribimos canciones por el gusto de escribirlas. Y este placer genera todo lo otro.

E.R. Cuando empezamos nos gustaba hacer música, pero eso no era suficiente para interpretar una canción y hacer lo que queríamos hacer. Ahí empezó el trabajo. Pero una vez que aprendes y dominas tu instrumento lo disfrutas más. Es así como, además de ser placentero, te diviertes.

¿Cuál es la idea que tienen de la música?

J.A.R. Rubén y yo estudiábamos diseño en la UAM Azcapotzalco hace muchísimo, demasiado tiempo. A Rubén le interesaba la gráfica mexicana, a mí los muebles y la artesanía. Entonces teníamos otros grupos pero, cuando vimos que éste podía ser un vehículo para decir



Café Tacvba: a la izquierda, José Alfredo Rangel; a la derecha, Enrique Rangel.

lo que queríamos, empezamos con Café Tacvba de inmediato. No tuvieron que pasar años, a los tres meses ya estábamos ensayando. Esa idea de lo mexicano con la que empezamos, aunque suene feo, era una visión que compartíamos y es algo que ha ido cambiando. Lo que ha pasado estos años, lo que está en nuestros discos es la idea que tenemos de la música.

¿Qué lectura dan a su reciente disco (Sino, 2007) en comparación con el primero (Café Tacvba, 1992)?

E.R. En cuanto a la factura, si escuchas *Sino* escuchas a músicos que han trabajado su oficio. Hemos trabajado tanto los instrumentos como la forma de componer. Conceptualmente me parece que el nuevo disco tiene influencias de los grupos que nos inspiraron a componer, pero que rechazamos en su momento. Estábamos en contra de cierto tipo de música y movidos por ese rechazo empezamos. Y era muy honesta esa aversión, no era una pose. Teníamos la necesidad de formarnos así. Pero ahora, a estos casi diecinueve años, volvimos al punto de partida. Dimos un salto atrás.

J.A.R. Ahora estamos, de alguna manera, influenciados por los grupos que rechazamos para ser Café Tacvba. Volvemos al origen. Por ejemplo, en el primer disco lo que más odiábamos era el rock progre-

sivo; aunque habíamos escuchado a Yes, a Rush y a Led Zeppelin, lo que menos queríamos era que Café Tacvba sonara a eso. Supongo que así son muchas cosas: rechazas algo pero luego vuelves.

En su primer disco hay una canción titulada "Las batallas" basada en la novela Las batallas en el desierto de José Emilio Pacheco. ¿Qué libros han marcado su música?

J.A.R. Los libros llegan a nuestra música de manera natural porque nos gusta leer. A veces lo mostramos de manera más evidente, otras más sutil. Por ejemplo, escuchas una canción que se llama "Madrugal" y tiene, decía Quique, un humor como el de Jorge Ibarguengoitia. En *Re*, por ejemplo, sugerí varios títulos que hacían referencia a novelas que me gustaban. Una canción que compuso Rubén no tenía nombre y la llamamos "Trópico de cáncer". "Iztepec" se basó en un fragmento de *Los recuerdos del porvenir* de Elena Garro; basamos la canción en una historia que se cuenta dentro de la novela.

¿Qué leen?

E.R. Lo que más me gusta es la narrativa mexicana. Empecé leyendo *De perfil*, como creo que hizo toda mi generación. Me gustan Jorge Ibarguengoitia, Juan Villoro y Vicente Leñero. Son puntos

de partida. Ahora leo a Georges Perec porque asomos de otra lectura me llevaron a él.

J.A.R. Empecé leyendo ciencia ficción. A los diez años leía ciencia ficción, pero llegó un momento en que la sentí ingenua; ahora cabe decir que he regresado a ella. La novela es el género que más me gusta. A últimas fechas me gusta mucho Murakami. Haruki Murakami, preciso, porque ese apellido debe ser como Pérez para nosotros.

¿Qué autores, qué fantasmas, los acompañan o juzgan cuando componen?

J.A.R. Si admiro a alguien en términos del uso y la musicalidad del lenguaje es a Jaime López. Podría decirte que me gustan mucho Leonard Cohen, Tom Waits y Neil Young, pero son sólo referencias.

E.R. Pero ellos no se te aparecen.

J.A.R. Pues no, porque cantan en inglés. Es decir, no creo que nosotros escuchemos al Bob Dylan que escuchan los gringos. Por mucho que un mexicano hable perfectamente inglés no lo vive igual. Pero la manera en la que puedes relacionarte con Jaime López te sorprende porque está en nuestro idioma.

De modo que tienen una postura ante el idioma.

J.A.R. Desde luego. Yo creo que hace falta escuchar, por ejemplo, a un Lou Reed en español. Antes yo estaba enojado con los que cantaban en inglés, pero ahora creo que sólo viven algo distinto a lo que vivimos los grupos de nuestra generación. No se nos podía siquiera ocurrir que alguien cantara en inglés.

E.R. Cuando empezamos, la sola posibilidad de tocar una canción en inglés nos hacía preguntarnos quién nos iba a escuchar. Nos iba a escuchar la gente que había crecido aquí. Para tener una relación con ellos, para comunicarte con ellos, había que hacerlo en español.

Es curioso que en las letras de su reciente disco hay una insistencia en la marginalidad; es decir, canciones como "El outsider" o frases en la canción "Seguir siendo" como "Soy el que nunca miras, soy el que nunca escuchas, siempre

estoy detrás de lo que ves.” Es curioso porque forman un grupo que se mira y escucha. ¿Qué opinión les merece este contraste?

E.R. Me parece que una cosa es ver a Café Tacvba y otra distinta es ver a los individuos que somos. La gente nos observa cuando nos subimos al escenario, cuando estamos en una sesión de fotos o en una entrevista. Esa sólo es una parte de lo que somos, pero eso no es suficiente para sentirse visto, apreciado o querido. No es suficiente para sentir que pertenecemos a algo. Nuestra música le pertenece al público, pero nosotros tenemos inquietudes que no están satisfechas.

J.A.R. Hace poco, por ejemplo, fui a Oaxaca y alguien se acercó a platicar conmigo, me sobó la panza y me llamó por mi nombre. Me tocó la panza tantas veces que me sentía Buda. Y pensé: increíble, porque si soy Buda al menos así justifico la panza que tengo. Pero la única explicación que encuentro a esto es que le pertenecemos a la gente, porque yo no me sentía en confianza para sobarle la panza a esa persona. Yo le pertenezco, pero él no me pertenece a mí. Puede llegar un momento en el que te sientas amado y admirado, pero en realidad estás solo. Sientes una soledad que te inspira a escribir lo que escribes.

Oscar Wilde opinaba que la vida imita al arte mucho más de lo que el arte imita a la vida. ¿De qué modo creen que su imagen pública, que bien podría interpretarse como una ficción, rebasa a sus espectadores?

J.A.R. Cuando voy al súper hay personas que se acercan para preguntarme dónde están los demás. Mientras guardo fruta en una bolsa, les respondo: uno fue por la leche, otro por el jamón y el otro está en los cereales. Me pregunto por qué piensan que estamos los cuatro juntos en el súper. Claro, es que pueden hacerse la idea de que vivimos en la misma casa, cuando obviamente no es así.

¿Y en qué momentos la música rebasa su vida diaria?

E.R. Pasa mucho, muchísimo. Pasa todo el tiempo. —

— BRENDA LOZANO

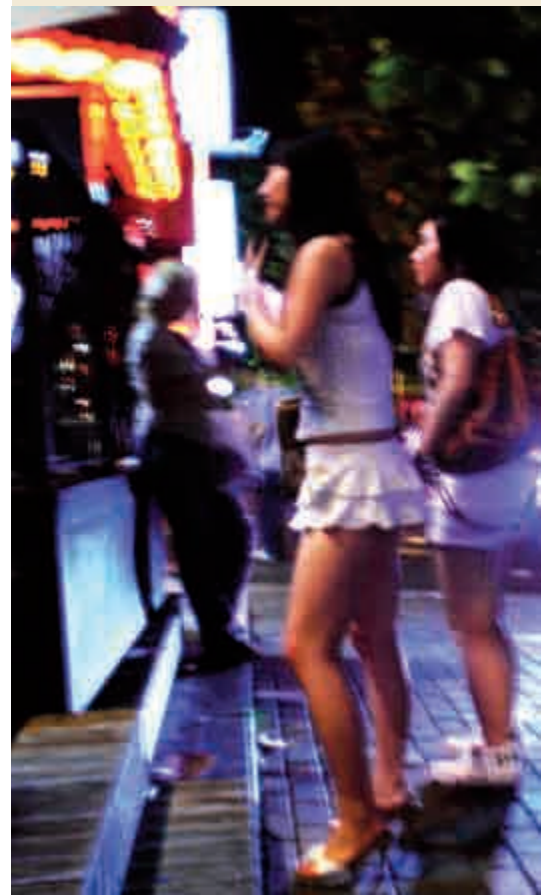
CIUDADES

SEÚL Y LAS NOCHES QUE NO VUELVEN

Seúl es como Tokio, pero sin la seriedad japonesa, y también espectacular durante la noche. De la ciudad hay zonas que prefiero: Bundang, Itaewon, Insadong, Hongik, Sinchon. Nombres que se vuelven imposibles en la boca de un latinoamericano. Vagar por esas calles repletas de anuncios de neón, puestos de comida y baratijas, tiene algo de sorpresivo deleite. Entre los edificios de algunas áreas hay pequeños vericuetos, callejones en donde puede encontrarse un restaurante formidable o un bar a la usanza antigua. En Seúl era un invisible. No existía. Nadie mira de frente. A veces descubría a transeúntes que miraban de reojo con curiosidad pero no iban más allá de eso.

Cambio los tiempos verbales porque la memoria se reactiva veloz y tropieza con imágenes, gestos, olores que intenta reproducir. Viví en Seúl la mitad del año pasado y pronto aprendí a disfrutar de la noche seulita. Todo era posible. Quizá soñé en alguna ocasión que practicaba como un monje budista *un su beng gak* o peregrinación de nubes y agua. Quizás esas peregrinaciones por bares, *nu re bans*, calles atestadas, pequeños prostíbulos, restaurantes fueron un sueño del que aún no despierto.

Durante el verano de mi temporada coreana, acostumbraba ir a la zona Hongik. Me detengo. Hay que decirlo antes que cualquier otra cosa: las piernas de las coreanas son perfectas. Hay un rápido relámpago amarillo, resplandeciente, en esas piernas largas, bien torneadas. Las mejores que he visto: son una visión luminosa. La fiesta podía durar buena parte de la noche—primero una cena y luego a beber por diferentes bares o a bailar y después a comer otro tanto, alrededor de las cinco o siete de la mañana—, después tomaba un taxi hacia la parada de autobuses que me llevaba a casa, a las afueras de Seúl, en Yongin—me adelanto. Tenía mis propias mon-



“Dos piernas perfectas, casi sobrenaturales.”

tañas, un río y un lago pequeño, que veía desde mi apartamento estudio. Pero escribía de Hongik, zona repleta de restaurantes, *nu re bans*, bares, centros nocturnos, discotecas, cafeterías, pequeñas tiendas de ropa para jóvenes, teatros, cines: un caos absoluto, trepidante. Durante el verano, algunas veces, caía una fina garúa que el cuerpo agradecía, y mis amigos—Anvar Ali, poeta y cineasta indio, Oliverio Coelho, narrador argentino— y yo entrábamos a cualquier sitio para cenar algo, para esperar que se hiciera un poco más tarde, la hora conveniente para vernos, quizá, con algunos amigos y amigas coreanos que se convertirían en guías durante la noche tumultuosa. Las calles eran una música de voces, cláxones que silenciaban el paso apresurado o calmo de las adolescentes de faldas brevísimas y helados en la boca, de las parejas tímidamente tomadas de la mano, de los

turistas que todo lo ven y fotografían, de las mujeres de tacones altísimos y shorts agradecidos en su brevedad.

A veces, mi bar favorito, el Tinpan, se llenaba de gringos y su sonrisa alestargada, indios, pakistaníes, mongoles, uzbekos, árabes, coreanos, vietnamitas, camboyanos y esos dos latinoamericanos—Oliverio y quien esto escribe—perdidos entre tanta mujer con ganas de beber y olvidarse de todo, incluso de sí mismas. Pasaba entonces que mi amigo Anvar se contagiaba del síndrome oriental y tomaba fotos: dos mujeres beben apresuradas de una botella de coñac (clic), un gigantón americano besa a su novia coreana (clic), un gordo baila con la camiseta a media panza (clic), un grupo de lolitas se mueve en sincronía (clic), un indio brinca y su enorme cadena de oro se agita en su cuello (clic), un hombre coreano toca las nalgas de su novia (clic).

Después de que deambulábamos por distintos bares, o nos estacionábamos en el mismo con nuestro trago de Jack Daniel's en la mano, salíamos a vagar por la zona. Eran largas caminatas en donde el ojo extranjero podía descubrir cualquier cosa. El alcohol desinhibía a los coreanos, tan pudorosos, y entonces veíamos atisbos de todo: parejas que se besaban y acariciaban, gringos vomitando a las salidas de los bares, mujeres cargando a otras mujeres, hombres solitarios dialogando con su sombra también completamente borracha, grupos estridentes, mujeres solitarias de piernas transparentes, mujeres que comían en restaurantes al aire libre y las breves minifaldas se les levantaban pero no importaba el decoro porque en sus ojos el alcohol era el dueño y había ausencia de todo, mujeres que cuidaban las entradas de otros bares, mujeres sentadas afuera de una tienda de ropa, perdidas, y alguien les toma una foto porque están debajo de un letrero que dice *SALE*, mujeres cantando en *nu re bans* que en lugar de muro tienen un cristal grueso para que desde la calle se pueda ver lo que sucede en cada uno de los pequeños cuartitos, mujeres con los tacones rotos, mujeres abrazadas de

gringos, mujeres que bailan con cadencia o están en otro mundo.

También había otros lugares que resultaban extraños y singulares al extranjero: un bar con más de veinte grados bajo cero. Había que entrar vestidos como esquimales. Grandes abrigos, guantes. Todo era de hielo. Las esculturas, los asientos, los vasos, la barra, las paredes. De una blancura inusitada, que hería. Bebíamos uno tras otro una serie de tragos para que el cuerpo se calentara. Todo era imposible: mis lentes congelados, la sonrisa, los gestos que lanzaba adonde estaba Mina Yu, la coreana bellísima que había vivido en París y extrañaba la calidez del latino. Recuerdo el rostro de asombro de Anvar, el indio de Kerala: nunca había visto nada así. Luego quedaría más sorprendido con su primera nevada meses después.

Recuerdo las caminatas con Mina para buscar un bar de salsa para bailar. Ella quiere aprender. Se llama Boston el sitio. Bailo toda la noche (casi siempre con ella —hay que verla con esos jeans ajustadísimos, la blusa como otra piel, los zapatos de tacón altísimo, su breve cintura y una concentración a prueba de todo para aprender los pasos que le muestro—, o la colombiana de Cartagena, o la tailandesa, o aquella mongola gordita que lanzaba miradas tristes para que alguien bailara con ella) y me sentía como si estuviera en cualquiera de los rumbeaderos de Bogotá, sólo que en Seúl no había mulatas portentosas o cachacas o rulos, sólo coreanos u orientales y algún extranjero despistado que se movía como robot. Y bailé con tailandesas, coreanas, chinas, mongolas, colombianas. Las mujeres que iban con mi grupo de amigos. La sangre llama a mover el cuerpo. La música se trae. Es difícil de explicar que para bailar esto son necesarios los queiebres de cadera, los movimientos de los hombros, la cadencia y el ritmo en las piernas. Lo demostraba muy bien la cartagenera. El local estaba casi vacío. Sólo nosotros y los bailarines que trabajaban en el bar: aprendieron sus pasos en la academia. Son coreografías. Pero me quedo con la

imagen de Mina, la niña aplicada, que intenta moverse con cadencia y sensualidad. Cómo decirle que ella no necesita moverse, que así es perfecta. Miro sus dedos desnudos, el tacón enorme, el sudor que cae ligeramente por su rostro. En el Boston está el paraíso, o algo que se le parece.

Hubo muchísimas noches en que se repetían los ritos de ir a vagar y meterse a bares que la intuición pedía. Una madrugada llegó una visión. Pudo ser en Hongik o en Insadong o Itaewon, no recuerdo el barrio, recuerdo la escena: salen de un restaurante dos piernas perfectas, casi sobrenaturales, en una miniminifalda. Más no se puede. La falda, hay que decirle de alguna manera, llega hasta el inicio de las nalgas. Ahí se detiene, no va más allá y ni falta que hace. Necesito respirar. Asoman unos calzoncitos de bolas rojas y blancas. Una total coquetería de esta mujer, de esta jovencita que no pasará los veinte años, creo yo. Dios. Nadie la ve. O hacen como que no la ven, quizá, o ya andan demasiado borrachos los coreanos. La jovencita cruza con su amiga y se sigue de largo. Se detiene por un momento para preguntar algo a uno de los demasiados taxis que buscan cliente por el barrio. Se acerca a la ventanilla, se inclina y soy feliz porque el mundo es perfecto. Como esas dos nalgas, como esas dos piernas.

Vuelvo al presente. Cierro los ojos y ahí está todo: Por la noche, y a través del cristal del taxi, destellan las luces en Seúl. Forman reflejos en el Han. Son ventanas en el agua, fugaces resplandores. Es de madrugada y pasan los edificios. Veo el río vertiginosamente lento. Varios afluentes de otros ríos más pequeños desembocan en él. A través del puente que cruzo, se observan dos esclusas y una pequeña isla en medio. Luces que hieren, luces que se alejan. Reflejos de mi rostro en la ventanilla del taxi. Soy otro el que ve, soy otro quien escribe. En esta esquina del mundo sólo pienso en ella. “O vento sopra nas esquinas”, dice el fado. Empaño el cristal, el río se aleja como me alejo de mí. —

— LEÓN PLASCENCIA ÑOL